Antonio Campos

EL JARDÍN Y LA PALABRA

ENCUENTROS
EN EL CARMEN DE LA VICTORIA

PRÓLOGO
DE
DARÍO VILLANUEVA

GRANADA
2013

Ilustraciones de Antonio Campos

A todos los que habitaron el Carmen de la Victoria entre 1983 y 1987 y fueron testigos vivos de estos encuentros

© ANTONIO CAMPOS
© UNIVERSIDAD DE GRANADA
EL JARDÍN Y LA PALABRA. ENCUENTROS EN EL CARMEN DE LA VICTORIA
ISBN: 978-84-338-5566-4
Depósito legal: Gr./ 1.538-2013
Edita: Editorial Universidad de Granada.
Campus Universitario de Cartuja, Granada.
Fotocomposición: García Sanchis, M.J., Granada.
Diseño de cubierta: José María Medina Alvea.
Imprime: Imprenta Comercial. Motril. Granada.

Printed in Spain *Impreso en España*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

Prólogo 13
Prefacio 19
Reconocimientos 23
Antonio Gallego Morell 27
Luis García Montero 33
Antonio Jara 39
Aurora Egido 45
Alejandro Barletta 53
Fernão de Magalhães Gonçalves 59
José Luis López Aranguren 65
Gonzalo Torrente Ballester 71
Mario Bunge 79
Robert Myers 85
Guillermo Cabrera Infante 91
Pere Gimferrer 97
Ángel González 105
Eva Klein 111
Fernando Quiñones 117
Galo Leoz 121
Juan Gómez Casas 127
José Carlos Gallardo 133
Willard Quine 137
Rafael Alberti 143
Emilio García Gómez 149
Ana Rossetti 153
Pedro Laín Entralgo 157
José Gómez Sánchez 163
Willy Brandt 173
Índice onomástico 179

PRÓLOGO

Antonio Campos es de las primeras quintas de los cincuenta; yo, también. Estudió en una de las universidades históricas de España, como yo. Antonio Campos es académico; yo, también. Fue decano de su Facultad; y yo. Como yo, es ferviente lector de un libro de Peter Watson con título prestado por Yeats: *A terrible beauty*. Antonio Campos ha sido doctorado *honoris causa* en la Argentina; yo, también. Yo soy filólogo; Antonio Campos tampoco. Por todas esas razones y otras más que sería prolijo referir, me veo ahora en el grato compromiso de prologar el último de sus libros literarios; esto es, no nacido de su reconocida actividad científica como histólogo.

Hay libros que, antes de leerlos, nos ofrecen toda una promesa de aventura. Son libros catalejo, pues nos sirven para escudriñar en lo que nos es lejano, lo ignoto. Resultan enigmáticos y representan para nosotros todo un reto, pues ni su autor, ni el propio título, ni el escenario en que se desarrollan y los personajes que los habitan nos son previamente conocidos.

Pero su lectura puede ser no más placentera y provechosa que la de otras obras que les son opuestas. A los *lletraferits*, por decirlo con esa hermosa acuñación de la lengua catalana, los beneficios que invariablemente nos reportan los libros de una y otra índole pueden proceder de muy diversas fuentes, incluso contradictorias. Así, *El jardín y la palabra* de Antonio Campos es obra de un autor que conozco y admiro

personalmente desde hace años; la mitad de los veinticinco personajes que lo pueblan fueron o son amigos míos; fui también huésped de su escenario, el Carmen de la Victoria de la Universidad de Granada; y, sobre todo, el ambiente que da pie a las semblanzas y relatos que aquí se nos ofrecen me resulta muy próximo. Me refiero a esa especial manifestación de la cultura universitaria que se produce en los enclaves donde, más allá de las aulas, los laboratorios y bibliotecas, conviven día a día los «maestros et escolares» cuyo «ayuntamiento» constituía ya la primera universidad según las *Partidas* del Rey Sabio.

Las plasmaciones concretas de semejantes recintos son diversas en el tiempo y en el espacio. Llámense «repúblicas», «colleges», «fraternities» o «sororities», entre el mero pupilaje del dómine Cabra y nuestros colegios mayores podemos identificar múltiples espacios donde los estudiantes han hecho su vida a la sombra de la universidad con mayor o menor presencia entre ellos —cotidiana, eventual o esporádica— de los profesores. Cuando esta se produce con mayor regularidad e intensidad, nos encontramos, incluso hoy en día, ante la reviviscencia de la vieja Academia, que en Atenas estaba junto al gimnasio de Academos, era la palestra de los filósofos socráticos y platónicos, y ofrecía un próvido jardín para la transmisión peripatética de la sabiduría de los mayores a las nuevas generaciones.

Antonio Campos es académico en ese doble sentido. Ocupa en la Real Academia de Medicina de España el sillón que en su día perteneciera a nuestro primer Nobel científico, Santiago Ramón y Cajal, histólogo, humanista, escritor y miembro de número que fue también de la Real Academia Española. Cuando en 1906 sobresaltó su sueño un telegrama de Estocolmo, don Santiago pensó que se trataba de otra broma más de estudiantes, y siguió durmiendo. Chanzas universitarias de las que no son infrecuentes en el día a día de

colegios mayores como uno de los más hermosos que conozco, dotado por lo demás de su propio jardín académico: el Carmen de la Victoria, en las faldas del Albaicín que miran hacia la Alhambra. Otro de sus huéspedes fue precisamente, en 1985, el último de los discípulos de don Santiago, Galo Leoz, que contaba a la sazón con 106 años de edad.

Antonio Campos tuvo la suerte de dirigir entre 1983 y 1987 ese enclave privilegiado, que él define como un jardín habitado de vida universitaria. Le hizo tan envidiable encomienda un recordado rector, Antonio Gallego Morell, que presidió la primera oposición que afronté para acceder a una titularidad universitaria allá por 1978 y al que pude llevar a Santiago de Compostela veinte años después para que pronunciara la que fue una de sus últimas conferencias.

Las vidas se entrecruzan, pues, si bien yo no cerré tan brillantemente como el autor de *El jardín y la palabra* mi trayectoria colegial. Como rector de mi universidad tuve muy intensa relación con sus siete colegios mayores, entre ellos el que fue mío durante los cinco años de la licenciatura. Los recuerdos de aquel entonces siguen muy frescos todavía, pues allí pude convivir con otros estudiantes de todas las carreras, conocí a ilustres profesores que nos visitaron y nos iluminaron con sus saberes, y, amén del deporte, pude ejercitarme en actividades que me ayudaron a ser quien soy. Entre ellas, recuerdo especialmente la secretaría de una revista universitaria, titulada *Diálogo*, que dirigía el que hoy es la cabeza visible de la neurociencia en la Universidad y el Hospital compostelano, el doctor José Castillo Sánchez, y mi actividad teatral al frente del TEU que llevaba el mismo nombre del C. M. U. Gelmírez, elenco con el que tuve la osadía de estrenar en 1970 dos obras en un acto de Max Aub, a la sazón todavía exiliado en México: *Dramoncillo* y *Los muertos*.

El doctor Antonio Campos es, como mi amigo de tantos años José Castillo, amén de investigador, hombre de palabras.

Palabras dichas y escuchadas, pero también escritas. Después de haber podido disfrutar en los jardines del Carmen de la Victoria de los amenos coloquios con distinguidos visitantes del mayor que dirigía —científicos, poetas, profesores, políticos, filósofos, novelistas, músicos…— se puso manos a la obra para dar forma literaria al recuerdo de aquellos encuentros. El resultado es un libro muy logrado en el que la autobiografía personal del autor, presente como no podría ser de otro modo, no empaña los perfiles humanos e intelectuales de los veinticinco personajes que evoca. El primero de ellos, precisamente, Antonio Gallego Morell. No olvidará, tampoco, más adelante, a otro de sus mentores universitarios; en este caso, su maestro José Gómez Sánchez.

Antonio Campos disfruta de lo que Juan Marichal denominaba «voluntad de estilo». Ya lo habíamos apreciado en otros libros suyos anteriores, como su gavilla de artículos publicados en periódicos titulada *Manual de reflexiones urgentes* o, más recientemente, su selección de disertaciones orales *El cuerpo que viene y otros ensayos efímeros*. Se sirve de la palabra tanto para comunicar los resultados de su disciplina como para hablar de su propia existencia y de la vida en torno, en una tradición del humanismo médico a la que contribuyó también el ya citado Nobel español de medicina u otro de los personajes que asoman en *El jardín y la palabra*, al que conocí y traté: Pedro Laín Entralgo.

El resultado es una obra dotada de la unidad que le proporciona el académico escenario de los encuentros entre su autor y sus huéspedes y aquella sostenida voluntad de estilo. Cada una de las veinticinco semblanzas que lo componen juega con el modelo retórico de la prosopografía, la etopeya y el retrato del protagonista, pero la vocación del maestro universitario asoma también en las páginas que Antonio Campos les dedica a cada uno de ellos, en las que a la vez se interpretan las aportaciones de su pensamiento (Aranguren,

Mario Bunge, Quine), de su arte (Alejandro Barletta), de sus investigaciones humanísticas (Aurora Egido, Emilio García Gómez, Fernão de Magalhães Gonçalves) o médicas (Robert Myers, Eva Klein) y de su actividad política (Antonio Jara, Juan Gómez Casas, Willy Brand), o, incluso, se valoran, con genuino talante de crítico literario, los logros de sus creaciones líricas o novelísticas.

No oculta, así, el autor de *El jardín y la palabra* su debilidad por quienes obtienen de estas el aprovechamiento estético más eminente: los poetas. La eficacia del uso que de las palabras ellos hacen ha llevado a Antonio Campos —como él mismo nos confiesa— a «utilizar algunas metáforas y versos en mis clases de la facultad y a ejemplificar con ellos algunas nociones y conceptos vinculados a la estructura del cuerpo y a la naturaleza de la enfermedad». Y en esta su pasión por la poesía viene a coincidir con otra de las visitantes del Carmen, la inmunóloga húngara radicada en Suecia Eva Klein.

No están ausentes de *El jardín y la palabra* novelistas de nuestra lengua tan destacados como el cubano Guillermo Cabrera Infante y el gallego Gonzalo Torrente Ballester, de cuya lectura y proximidad —sobre todo de la de mi paisano— asimismo tanto aprendí. Pero lo que Antonio Campos confiesa como «mi siempre buscada cercanía de los poetas» da lugar en este libro a algunos de sus momentos más logrados cuando el autor traza la semblanza personal, y recrea emotiva y reflexivamente la poesía de Luis García Montero, Pere Gimferrer, Ángel González, Fernando Quiñones, José Carlos Gallardo, Rafael Alberti o Ana Rosetti. Porque para Antonio Campos, como también para el filósofo que contemplaba el mundo desde El Escorial, todo gran poeta nos plagia.

Darío Villanueva
Secretario de la Real Academia Española

PREFACIO

En Granada, en la ladera del Albaycin que mira hacia la Alhambra está situado el Carmen de la Victoria, una pequeña finca de 3.000 m², con varios edificios y jardines, cuyo contorno rectangular delimitan cuatro calles: la cuesta del Chapíz, la cuesta de San Agustín, el callejón de las vacas y el callejón de la Victoria. Los terrenos en los que se ubica el Carmen fueron desde muy antiguo límite de la ciudad y lugar de pequeños huertos. En 1509 se funda y erige en los mismos el Convento de Nuestra Señora de la Victoria que, tres siglos más tarde, tras la desamortización, acaba desapareciendo. En los siglos XIX y XX el Carmen pasa a ser propiedad de distintas familias y va adquiriendo la configuración que actualmente tiene con nuevos edificios y con la progresiva transformación en jardines de las antiguas huertas del viejo convento. La universidad de Granada adquiere el Carmen en 1944 y, en un primer momento, lo dedica a residencia de estudiantes marroquíes, dada su vecindad con la recién creada Escuela de Estudios Árabes, situada frente al Carmen, en la cuesta del Chapiz. Años más tarde la Universidad lo convierte sucesivamente en Residencia de postgraduados, Colegio Mayor y Residencia de profesores invitados, actividad que en la actualidad continúa desempeñando.

El Carmen de la Victoria es, como cualquier Carmen, una casa típica granadina, una huerta y un jardín que se habitan, un recinto que la universidad ha sabido conservar, desde que lo incorporó a su patrimonio, sin destruir su esencia, esto es

sin cambiar su función residencial y sin alterar por tanto el sentido último con el que fue concebido. Por eso en el Carmen, en edificios sucesivamente remozados, y junto a un jardín principal que conserva el mismo trazado que tenía en el siglo XIX, han habitado jóvenes estudiantes, postgraduados y becarios de distintos países y, de modo simultaneo o con carácter exclusivo, profesores y visitantes distinguidos, invitados por la Universidad de Granada para el desarrollo de distintas actividades. El Carmen de la Victoria es por ello Universidad sin dejar de ser Carmen. Es en consecuencia un jardín habitado de vida universitaria.

Rescatando, por un lado, la tradición y el espíritu de las antiguas tertulias de Granada, como las que se celebraban en el Carmen de los Cipreses, y con la mirada puesta, por otro, en la madrileña Residencia de Estudiantes, el Carmen de la Victoria ha visto habitar y convivir en sus jardines a científicos, estadistas, filósofos, artistas y poetas que han estimulado intelectual y creativamente a numerosos jóvenes universitarios y que, en muchos casos, han convertido al Carmen en un importante lugar de creación intelectual o artística. Un hecho, este último, que ha quedado reflejado con posterioridad en numerosos artículos, poemas y libros nacidos o escritos durante dichas visitas.

Hace veinticinco años, entre 1983 y 1987, tuve el privilegio de dirigir el Carmen de la Victoria. Durante esos años conviví en el mismo con estudiantes e invitados varios participando de forma muy activa en un mundo pleno de vida intelectual, científica y literaria. Algunas de las personas que allí habitaron ya no existen; otras que entonces estaban presentes de forma constante en el imaginario colectivo de la época, han desparecido del horizonte. Algunas han alcanzado sus sueños y subido al Olimpo. Otras han bajado a los infiernos. Algunas se han disuelto en el olvido, otras siguen transitando por la vida en el anonimato o en la celebridad.

Fiel al principio de que lo que no se escribe no existe he querido rescatar para el mañana el testimonio de algunos encuentros que en esos años mantuve en el Carmen con personajes que allí habitaron, o que tuve la oportunidad de conocer en visitas más o menos fugaces. De aquellos encuentros, intensos o esporádicos, tomé algunas notas en un cuaderno que hace unos años encontré, buscando otra cosa, entre unos viejos libros amontonados en un trastero. Desde aquel momento comencé a dar forma literaria a las ideas, comentarios y anécdotas allí manuscritos y a reconstruir mis recuerdos con esos datos y con algunos otros procedentes de la biografía o la obra conocida de cada uno de esos personajes. El resultado, querido lector, es el libro que tienes en tus manos; un libro en el que he intentado utilizar la palabra *encuentro* con el mismo doble significado con el que, según José Luis Cano, lo utiliza Vicente Aleixandre cuando relata su primer contacto con poetas y escritores de varias generaciones y escribe sobre ellos una semblanza. En su hermoso libro *Los Encuentros* nuestro Premio Nobel hace referencia, en efecto, no solo al conocimiento, a la imagen primera que llama Alberti, de la figura protagonista del relato sino también a la descripción de los distintos valores que, a su juicio, tiene el personaje.

En *El jardín y la palabra. Encuentros en el Carmen de la Victoria* he intentado aproximarme a ese doble sentido que tiene la palabra y a esbozar, por un lado, la trayectoria vital de cada uno de los personajes que aparecen en el libro y, por otro, a vislumbrar, ayudado por la magia y el ambiente del lugar, la personalidad y los valores existentes en cada uno de ellos.

En sus epigramas Filodemo de Gadara relata que en su jardín, en la Villa de los Papiros, frente al mar de Nápoles, los huéspedes y visitantes que lo habitan leen, meditan, intercambian ideas, toman notas y comparten su vida, ante un paisaje único. Como el jardín de Filodemo en el Golfo de

Nápoles, como el Jardín de Epicuro en las afueras de Atenas, como el jardín literario creado por Erasmo de Rotterdan, el jardín del Carmen de la Victoria es también un jardín unido a la contemplación y la palabra. Los relatos que recoge este libro son la expresión, de algunas de las voces y de algunos de los paisajes que hace ya más de veinticinco años habitaron el jardín y que aún viven anclados a mis recuerdos.

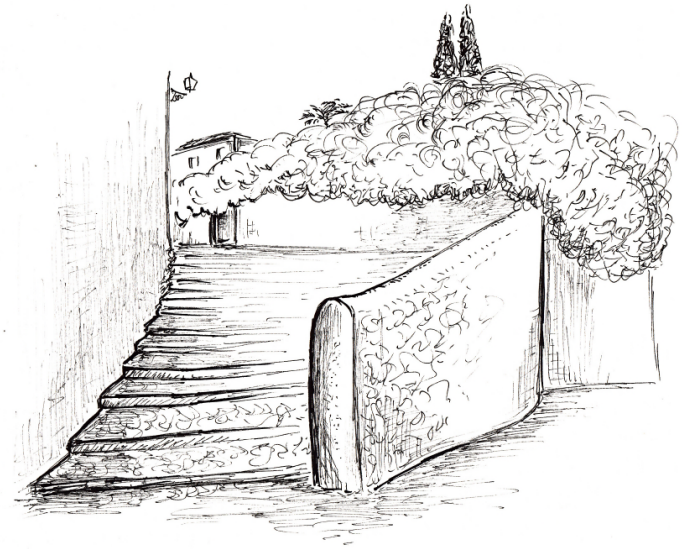
Antonio Campos
Granada 8 de julio de 2012

RECONOCIMIENTO

Para escribir *El jardín y la palabra. Encuentros en el Carmen de la Victoria* he apoyado mis recuerdos y vivencias en algunos libros, entrevistas y documentos. Estos son algunos de ellos: Willard Quine, *The sensory support of the science*. Universidad de Granada, 1986; Luis García Montero, *Égloga de los rascacielos*. Colección Romper el Cerco, 1984; Robert Myers, *The control of body temperature*, Universidad de Granada, 1984; Willy. Brandt, *Discurso de investidura*, 1987 y *Memorias políticas*, Dopesa, 1976; José Espada Sánchez, *Poetas del Sur*, Espasa Calpe, 1989; Miguel Ángel Blanco, «Alejandro Barletta, Los sueños del Bandoneón» *Artes y Letras*, *Ideal*, noviembre, 1998; Juan Luis Tapia, «José Carlos Gallardo, poeta y escritor» *Vivir cultura*, *Ideal*, marzo, 2004; Patxi Laceros «Filosofía política: solidaridad, cooperación y democracia integral» *El cultural*, noviembre 2009; Daniel Arjona «Mario Bunge» *El Cultural*, marzo, 2011; Juan Bonilla, «Fernando Quiñones. El escritor que reunió a Proust con Clarín» *El Mundo*, diciembre 1998; Víctor Márquez Reviriego, «Fernando Quiñones, la alegría de la vida» *Presencias andaluzas. El Mundo*, junio, 2005; Víctor García de la Concha, «Cervantino y cervantista» *El cultural, ABC*, enero,1999; Pere Gimferrer, *Discurso de Ingreso* en la Real Academia Española, 1985; Pere Gimferrer, «En la luz de granada» *ABC*, enero, 1989; Cesar Alonso de los Rios, «Antonio Muñoz Molina» *El Semanal*, abril 1996; Julián Marías «Semblanza en vivo de Emilio García Gómez», *ABC*, junio,

1995; Juan Gómez Casas, Anarquismo y Federalismo. Federación ibérica de juventudes anarquistas, Madrid; Ana Rossetti, *Indicios vehementes*. Hiperión, 1985; Luis García Montero, *Ángel González. Antología poética*, Colección Granada Literaria, 2004; Aurora Egido, *Pregón* de la Feria del libro viejo y antiguo de Zaragoza, 2011; Aurora Egido, *Pedro Soto de Rojas. Paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos*. Cátedra, edición crítica, 1981; Pedro Cerezo, «José Luis Aranguren. Su primera singladura universitaria. 1955-1965» en *Aranguren, filosofía en la vida y vida en la filosofía*, Sociedad estatal de conmemoraciones culturales, Madrid, 2009 y «El itinerario intelectual de José Luis Aranguren» inédito; José Tito y Manuel Casares, *El Carmen de la Victoria*. Universidad de Granada, 2000.

Mi reconocimiento y gratitud también para Francisco González Lodeiro, Rector de la Universidad de Granada, y Antonia Reyes Requena, actual Directora del Carmen de la Victoria, que han dado impulso y alas a estos recuerdos y a las escritoras Pepa Merlo y Ayes Tortosa, que leyeron amorosamente el libro y lo acunaron.



ANTONIO GALLEGO MORELL

A Antonio Gallego Morell debo la dirección del Carmen de la Victoria. Un día de 1982 me llamo a su despacho del Rectorado y me propuso dirigir el Colegio Mayor. Aunque no lo había tratado en exceso, apenas los saludos de rigor en mi toma de posesión como catedrático y un saludo informal en Córdoba tres años antes en una reunión sobre Colegios Mayores, era sin embargo conocedor de mi actitud reivindicativa y algo rebelde en el desarrollo diario de la vida universitaria. A mí llegada a Granada, en efecto, tras comprobar la carencia de laboratorio y material para la enseñanza práctica, me trasladé a Madrid, a la Dirección General de Equipamiento y tras plantear el asunto y no recibir una respuesta satisfactoria tome la decisión de no salir del despacho del Director General hasta no tener resuelto el problema. Y desde allí mismo, mientras yo permanecía sentado a cierta distancia, hablaron por teléfono con el Rector de Granada con el que acordaron dar solución al asunto planteado como así ocurrió en efecto unos meses más tarde.

Con estos antecedentes y la opinión a mi favor del profesor Enrique Villanueva, decano de mi facultad, y de Domingo Sánchez Mesa, Vicerrector de Extensión Universitaria, Antonio Gallego Morell, llegó a la conclusión de que a mis treinta y un años yo era la persona adecuada para impulsar el nuevo tipo de Colegio Mayor que quería desarro-

llar en el viejo Carmen de la Victoria. No debió ser para él una decisión fácil. El entonces director, el catedrático de derecho internacional Antonio Marín, llevaba mas de veinte años dirigiendo el Colegio y pertenecía a una familia universitaria que estaba socialmente muy vinculada a la suya —era hijo de un antiguo Rector de la Universidad, el Profesor Marín Ocete, y hermano de Nicolás Marín, catedrático de literatura en el mismo departamento que Gallego—. Por otra parte Antonio Marín era un hombre que había transformado el Colegio en un mundo propio que gobernaba, al igual que hacía con su propia persona, con la rigidez que establecen las normas y con el placer gustoso y autosuficiente que proporciona la rutina.

El modelo de Antonio Gallego y el mío era la Residencia de Estudiantes, ese enclave de civilidad y cultura que durante un cuarto de siglo iluminó la universidad española. Al aceptar el encargo me sentí Alberto Jiménez Fraud, el mítico director de la Residencia, y un nuevo horizonte se abrió en mi vida universitaria. Cabe decir que durante los años que dirigí el Colegio mientras Antonio Gallego fue Rector conté siempre con su apoyo para todas las iniciativas que puse en marcha. La utilización del Carmen como residencia de invitados ilustres —científicos, artistas o personaje públicos relevantes— que acudían a nuestra universidad o la incorporación a la vida del Carmen de algunos jóvenes inquietos y creadores ávidos de incorporarse al mundo intelectual y sensorial que el Carmen les ofrecía, fueron quizá las dos innovaciones que contaron con mayor impulso y respaldo por su parte.

Antonio Gallego visitaba el Carmen en algunas ocasiones para acompañar a visitantes ilustres como por ejemplo a don Emilio García Gómez o participar en algunas tertulias o actos culturales. De su interés por los colegios mayores en general y por la experiencia que se desarrollaba en el Carmen en particular, es buena prueba su artículo «Colegios Mayores. Un rumor renacentista», publicado en 1983, en el que expone la importancia y la trascendencia social que tiene el Colegio Mayor en la vida universitaria y social española.

Si *el estilo es el hombre*, en frase atribuida al naturalista francés Buffon, el estilo que Antonio Gallego Morell exhibía en los actos y tertulias en que participó constituía la expresión más fidedigna de su verdadera y desbordante personalidad. Y es que, a diferencia de lo que la famosa frase parece querer decir —que la liturgia cuenta más que el dogma—, en Antonio Gallego Morell la expresión y el pensamiento estaban unidos en su persona de un modo indisociable.

Sus ojos estaban siempre vivos, mirando a todas partes o abiertos con asombro. Inquieto, como si estuviera pensando en cien cosas a la vez, su imagen era de llaneza y campechanía por un lado y de estar siempre dispuesto para la acción por otro. Así lo pintó en un cuadro, existente en la galería de rectores, Miguel Rodríguez Acosta y así lo describió una vez en una entrevista Antonio Sánchez Trigueros. Y en lo que a su conversación se refiere Antonio Gallego poseía un estilo propio, vinculado a su personalidad, que consistía en enlazar el pasado con el presente, lo local con lo universal, lo anecdótico con lo general, lo erudito con lo popular, la expresión castiza con la cita culta, la acción concreta con la literatura, el pragmatismo con la utopía y todo ello en el marco de una imaginación incontenible y en el contexto de su propia experiencia de vida.

Era este un estilo y un modo de ser hombre y universitario que no se limitaba solo a la intimidad de una tertulia frente a la Alhambra en el Carmen de la Victoria con tan solo unos cuantos asistentes o a una mera conversación privada como las que mantuve con él en otros momentos. Lo más importante, a mi juicio, es que su forma de ser se proyectaba en todos sus discursos e intervenciones públicas como no

podía ser de otra forma en un hombre con una personalidad y una expresión tan armónicamente ensambladas. En su primer discurso como Rector relaciona por ejemplo a los Rectores que le han precedido, y a los que ha tenido la oportunidad de conocer, con el timbre de sus voces y el calor con el que apretó sus manos en los patios y las aulas de la vieja universidad. En otro discurso cita como modelo para la ejecución de un programa de gobierno unos versos de Boscan en los que este invita a la vez a la prudencia y a la aventura. En su último discurso como Rector evalúa su gestión utilizando como modelo la crítica que el poeta romano Marcial hace de sus propios epigramas. Frente a tantos discursos oficiales de prosa tecnocrática, decorados por amanuenses ilustrados y leídos sin convicción y sin garra, satisface oír discursos escritos por quienes los pronuncian cuando, como ocurre además en el caso que nos ocupa, están preñados de vida y de sentido. Con este tipo de discursos las instituciones se enaltecen y algunos de sus miembros nos sentimos representados mas allá de los votos que nacen de una elección democrática.

El momento de mayor vinculación de Antonio Gallego Morell con el Carmen se alcanzó al conmemorarse el cuarto centenario del nacimiento del poeta barroco granadino Don Pedro Soto de Rojas. Participó en recitales, asistió a conferencias, promovió un libro sobre la vida y la obra del poeta para el que se utilizó como título uno de sus versos «Al ave el vuelo» y prologó asimismo una antología de poetas granadinos en homenaje a Soto que intentaba imitar la antología que, en homenaje a Góngora, realizó y prologó Gerardo Diego en 1927. Ambos libros se presentaron en Noviembre de 1984 con la participación del poeta antequerano José Antonio Muñoz Rojas.

La incardinación en la vida del Carmen de Antonio Gallego Morell llegó sin embargo a su culmen cuando en com-

pañía de su mujer [1], Matilde Roca, participó en la tertulia y cena albaicinera con procesión literaria incluida hasta el Carmen de los Mascarones, en el que Soto de Rojas había escrito su «paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos», acaso su obra mas representativa, y desde cuyo balcón junto a la cerámica conmemorativa de Hermenegildo Lanz, Juan de Loxa leyó su poema «carmen maravilloso» escrito para la ocasión en homenaje al poeta del siglo de oro.

De la implicación de su mujer en los actos conmemorativos me gusta recordar su visita a la cocina del Carmen para enseñar a las cocineras Purificación Escañuela y Josefa Fernández y a mi propia mujer la elaboración del postre granadino más característico, la cuajada de Carnaval, siguiendo una receta tradicional de la que era depositaria. La cuajada se sirvió como parte de un menú formado por ensalada de collejas, habas con jamón, tortilla del sacromonte y te con hierbabuena que los participantes de aquel encuentro conmemorativo sobre Pedro Soto de Rojas y su Paraíso del Albaycin celebramos y degustamos en la tarde noche del dos de mayo de 1984.

En recuerdo de la lección magistral de gastronomía granadina que en el Carmen impartió Matilde Roca, mi mujer elabora cada año una cuajada de carnaval en el correspondiente cuenco de cerámica de Fajalauza siguiendo las pautas de la receta aprendida de Matilde Roca. Al elaborarla y saborearla al modo proustiano evocamos un tiempo y unos personajes que viven aún en nuestra memoria y que inexo-

1. Gregorio Marañón a quien conoció y trató Antonio Gallego Morell solía utilizar el termino mujer en vez de esposa atendiendo mas a la naturaleza de la relación biológica y personal que un hombre mantiene con su pareja que a la relación que se deriva de la situación meramente legal o contractual que implica el concepto de esposa.

rablemente vinculamos al paisaje del Carmen y a la conmemoración y la poesía de Soto.

En sus últimos discursos como Rector Antonio Gallego Morell expresa con más claridad que en ocasiones anteriores algunos de los principios en los que había sustentado su quehacer. En uno de esos discursos recordaba que su intención en la universidad había sido siempre «apuntalar las ilusiones y no dejar que se hundiesen» y que, para ello, lo importante es saber atinar, el objetivo que hay que proponerse siempre, según Eugenio D´Ors, ante cualquier tipo de meta. En otro discurso Antonio Gallego recordaba al Ortega que en 1932, desde el paraninfo de la Universidad de Granada, pronunciaba la conferencia con la que la institución conmemoraba su cuarto centenario y en la que invitaba a construir toda vida nueva con la materia de la autenticidad. En otra intervención y en referencia a una de sus grandes obras de gobierno —la rehabilitación y recuperación del Hospital Real como sede del Rectorado— afirmaba que cuando se pone mucho amor en una tarea es muy difícil no acertar.

De apuntalar ilusiones, actuar con autenticidad, atinar y hacer las cosas con amor Antonio Gallego Morell dejo mucha huella en el Carmen.

LUIS GARCÍA MONTERO

Luis García Montero era en 1984 el poeta emergente de Granada. Su figura, su presencia, era la voz amable, casi delicada, de una nueva poesía; era la proa, premiada y reconocida a nivel nacional, Premio Adonais incluido, de un nuevo modo de hacer poesía que había nacido en Granada a la par de la nueva democracia.

La otra sentimentalidad, como así comenzó a denominarse al nuevo movimiento poético del que formaban parte jóvenes nacidos o vinculados a la ciudad de la Alhambra como Javier Egea, Álvaro Salvador, Antonio Jiménez Millán o Ángeles Mora, era el reflejo y el traslado a la poesía del cambio de sentimentalidad colectiva, de nueva relación con el mundo y el entorno, que los españoles habían comenzado a vivir y sentir en aquellos primeros años de transición y democracia. García Montero relaciona el cambio poético, del que fue sin duda singular protagonista, con la idea expresada por Don Antonio Machado en su Juan de Mairena según la cual una poesía nueva y distinta solo es posible si existe con carácter previo una nueva sentimentalidad, también distinta, capaz de acoger, intelectual y afectivamente, la nueva forma de expresión poética.

Luis García Montero ha explicado con mucha claridad, años más tarde, el significado y el sentir de aquél movimiento poético que con tanta fuerza y vigor había hecho irrupción en la poesía española a principio de los años ochenta: